

TRES CATECISMOS HEREJES

Carlos ILLADES

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Dentro de un vocabulario que aún poseía fuertes referencias religiosas, los documentos de las corrientes ideológicas y políticas del siglo XIX frecuentemente se hacían llamar catecismos.¹ Del latín *catechismus*, derivado a su vez de una voz griega que significa instruir, estos textos solían estructurarse a manera de cuestionarios que presentaban las respuestas doctrinales a las observaciones y dudas de un hipotético hombre común.

En la década de 1860 tres escritores singulares dieron a conocer en la ciudad de México sus propios catecismos: Plotino Constantino Rhodakanaty, Juan Nepomuceno Adorno y Nicolás Pizarro Suárez. A diferencia de otros documentos de la época, éstos tres en menor o mayor grado suscribieron las tesis de los utopistas franceses, particularmente las del Conde de Saint-Simon y Charles Fourier, y esbozaron las reglas de una sociedad futura basada en la práctica asociativa. Compartieron los valores de la modernidad y los postulados del liberalismo —la libertad civil, la tolerancia religiosa, los derechos individuales, la igualdad, la justicia, la fraternidad, el federalismo— pero buscaron el modo de sustanciarlos pues, a sus ojos, el presente estaba muy lejos de ser satisfactorio. Incrementar los beneficios materiales y sociales del trabajo también fue un propósito común y explícito. Creyentes en Dios, aunque críticos del catolicismo, vio cada uno a su doctrina como el rescate posible y necesario del cristianismo primitivo. *Hijos de las Luces*, empeñaron su esfuerzo in-

¹ Para un análisis de las formas y contenidos del discurso político decimonónico mexicano véase Pérez Martínez, “Hacia”, 1998. Recientemente, a propósito de un texto de Walter Benjamin, Bolívar Echeverría ha llamado la atención sobre “la religiosidad elemental de lo político”. Echeverría, *Valor*, 1998, p. 143.

telectual en enfilarse a México dentro de la dirección donde creían se movía el mundo, impactado en algunas de sus regiones por las revoluciones románticas que marcaron su visión social y abrieron sus expectativas presentes y futuras.

Rhodakanaty (Atenas, 1828) inició sus estudios de medicina en la Universidad de Viena y los continuó en Berlín. Poco antes de este viaje, partió a Budapest y vio personalmente la Revolución liberal húngara. Inmerso en esta atmósfera turbulenta, en 1850 visitó París para conocer personalmente a Pierre-Joseph Proudhon.² Vivió en Alemania hasta 1857, para después mudarse definitivamente a la *ciudad luz* y profundizar sus estudios de filosofía y aprender otras lenguas; se dice que hablaba siete, entre ellas el castellano.³ Allí supo del decreto del 1 de febrero de 1856, promulgado por el presidente Ignacio Comonfort, el cual favorecía el establecimiento de colonias agrarias en territorio mexicano. Teniendo esto en mente, hacia finales de 1860 se trasladó a Barcelona, embarcándose posteriormente a México. Arribó a Veracruz en los últimos días de febrero de 1861. Ese año la imprenta de Vicente García Torres publicó su *Cartilla Socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier: el falansterio*.

El folleto exhibió a las instituciones humanas como causantes de los males sociales; destacó la urgencia de acabar con el desorden político y de encaminar las energías colectivas en dirección de la reforma social.⁴ Ésta tendría por fundamento los principios seriales fijados por Fourier, es decir, una relación matemática que conjugará las diferencias de todo tipo, integrándolas en un todo armónico: sexo, edad, capacidades productivas, cualidades físicas, intereses y gustos. Un sistema de organización sustentado en estos principios podría explotar las ventajas naturales de los individuos conjuntándolos de tal forma que rindieran al máximo. El trabajo, además de variado, se intercalaría con el juego y la diversión. Sexos y edades se mezclarían para beneficiarse de las virtudes intrínsecas de cada uno de ellos.

La atracción, como en la física newtoniana, constituía la ley fundamental de esta nueva forma de organización de la actividad humana conocida como falansterio, en la que el capital, el trabajo y el talento fungían como sus elementos productivos: “el

² No hay evidencia de contactos posteriores, pues, al menos en la correspondencia de Proudhon, no se encuentran cartas dirigidas a Rhodakanaty. Proudhon, *Correspondance*, 1875.

³ Rhodakanaty, *Obras*, 1998, p. 23.

⁴ Klein, “Utopismo”, 1984, pp. 85-95 analiza el texto. Véase también el prólogo a la edición de las obras de Rhodakanaty, *Obras*, 1998.

mecanismo propuesto por Fourier, que es el procedimiento serial que él ha descubierto, goza de la propiedad de establecer la armonía plena y entera entre el orden y la libertad en todos los ramos sociales a que se aplica” (p. 93). Dicho procedimiento no tenía como objetivo castigar los extravíos de las pasiones humanas, sino, por el contrario, “buscar las condiciones sociales que abriesen a las pasiones un campo inmenso de manifestaciones útiles, convergentes siempre al bien individual y común” (p. 89). Un experimento social de tal magnitud no podía realizarse violentando las leyes vigentes: el convencimiento y la persuasión serían el método para tratar de realizarlo. Cuando toda la colectividad se convenciera de que era la mejor forma de articular la vida comunitaria, entonces se podría pensar en mutar el régimen político. Ello ocurriría de manera natural. Además, su validez se verificaría experimentalmente, a través de una prueba a escala.

Más adelante, el *Garantismo Humanitario* (1876) ofreció su visión de los grandes periodos de la historia. Allí, identificó diversos estadios de desarrollo que recorrerían las sociedades humanas: edenismo, salvajismo, patriarcado, barbarie, civilización, garantismo y armonía universal. El momento presente correspondía a la civilización; después seguía un periodo de transición denominado socialismo y, más adelante, se llegaría al garantismo y a la armonía universal. La asociación de los pueblos constituiría el medio idóneo para realizar el tránsito hacia el garantismo, porque solamente un sistema así acabaría con el conflicto social. Arribar a la meta de la armonía universal sería inevitable, pues la historia estaba regida por una ley natural e inexorable, divina, porque “fuera del polo inmóvil y magnético de la vida duniversal de Dios, todo es transformación y metamorfosis en la existencia misteriosa de los seres” (p. 105).

Otros escritos mostraron su abierta simpatía por la Revolución francesa y su crítica a la propuesta contractualista de Rousseau.⁵ Desde la perspectiva de Rhodakanaty, el *Contrato social* uniforma a sus concurrentes, los vuelve homogéneos en lugar de semejantes. La igualdad formal, soporte del pacto, es un subterfugio que omite la desigualdad natural, conduciendo, no a la integración de la sociedad, sino al individualismo y al egoísmo. Situándose en el polo opuesto a Rousseau, la sociedad futura es para el griego la recreación de la edad de oro, la vuelta del hombre al “estado de naturaleza” originario, al “edenismo” inspirado en el orden divino. La armonía so-

⁵ “Lo que queremos”, *El Hijo del Trabajo*, 28 abril, 1878; “Estudios de filosofía social”, *El Socialista*, 22 enero, 4 febrero, 26 febrero y 9 mayo, 1883.

cial es el reencuentro de los individuos concretos entre sí y de la humanidad con Dios (p. 170 y ss.).

Propósitos parecidos presenta el catecismo de Adorno (ciudad de México, 1807-1880). Fue empleado de la Renta del Tabaco, viajó varios años por Europa con la intención de perfeccionar sus inventos mecánicos para fabricar cigarros y, en la Exposición Universal de París (1855), mostró un aparato para escribir música; después aplicaría su imaginación a la metalurgia. En 1858 publicó su *Análisis de los males de México*, donde mostraba la urgencia de establecer un orden social nuevo y durable. Autor del *Catecismo de la providencialidad del hombre*, 1862, de la *Memoria acerca de los terremotos en México*, 1864 y de *La armonía del universo*, publicado en México una parte en 1862 y otra veinte años después.⁶

La Tipografía de Juan Abadiano editó su *Catecismo de la providencialidad del hombre, deducida de los sentimientos de religiosidad, moralidad, sociabilidad y perfectibilidad, propios de la especie humana, e indicantes del destino de ésta sobre la tierra*. El texto definió tres tendencias básicas que la providencia divina había asignado a la humanidad: “por la primera el hombre propende hacia la felicidad; por la segunda al cultivo y mejora del planeta que habita; y por la tercera busca la verdad, y con ella, el modo de adorar dignamente a Dios”.⁷

Adorno se asumió practicante de la religión “Providencial” —fecha su origen con el momento mismo en que el hombre apareció en la tierra— y recusó tanto a ateos como panteístas, por negar o no comprender el alcance de la acción divina. A la vez que aceptó el libre albedrío, consideró que medios y fines son necesarios por ser creados por Dios. Esta religión no es revelada, sino natural, “porque todos sus dogmas están al alcance de la razón, en el cual se fundan bajo el profundo examen de las leyes del universo y la providencialidad de la Humanidad, descubridora a su vez de sus deberes para con Dios, para consigo misma, para con los hombres individuales, y para con los demás seres creados” (p. 8). El providencialismo multiplicará los goces y disminuirá el sufrimiento, pues los hombres con su voluntad convertida en acto serán plenamente conscientes de las causas que los provocan: el placer es positivo cuando corre en dirección de las leyes naturales y el dolor es una advertencia divina contra el mal.

⁶ González Casanova, *Un utopista*, 1987, p. 29 y ss.

⁷ Adorno, *Catecismo*, 1862, p. 1.

La historia humana tiene doce etapas según Adorno: la primitiva y natural, la barbarie, la patriarcal y poética, la teocrática y despótica, la filosófica y republicana, la cesárea y de transición, la feudal y monárquica, la constitucional (en la que se está actualmente), la federativa, la asociación del trabajo o federativa absoluta, la convencional o libremente contratante, la solidaridad es la última de ellas (pp. 80-81). Existió una edad de oro en que el hombre obraba guiado por su naturaleza “pura y primitiva” provista de cuatro virtudes básicas: conveniencia, justicia, amor y misericordia. Con el transcurso del tiempo desvió su conducta y abrazó “la tiranía en el poder, la mitología y la superstición en las creencias, la venganza en la justicia, la guerra en las relaciones vecinales, la desigualdad de las condiciones, la esclavitud en el trabajo y la fricción en el entretenimiento” (pp. 54-55). La Revolución francesa abrió el horizonte a tres de los principios básicos de la convivencia humana: libertad, igualdad y fraternidad. Sin demérito de los dos primeros, Adorno enfatiza el tercero, y agrega un cuarto, al que nombra solidaridad (p. 74). El mutualismo y la asociación entre los sexos son expresión de ella (p. 94 y ss).

Constitución, gobierno y dinero conforman “los tres gérmenes de opresión y tiranía”, a los cuales hay que reemplazar por la moral, la asociación y el trabajo (p. 114). La Humanidad ha sido víctima de una doble tiranía: la civil y la doctrinal. Ambas han propiciado el goce de “unos cuantos, mientras la generalidad sufre, y así el desnivel de las clases ha llegado a ser tan grande” (p. 16). Aunque rechaza el anarquismo, considera despóticos a los gobiernos habidos hasta ahora y al dinero inútil (p. 96). En suma, todos estos vicios sociales “se van convirtiendo con la prolongación de los abusos en causas de revoluciones” (p. 21). No todas son negativas: las providenciales, por ejemplo, se apoyan en el convencimiento general y la unidad de opinión, evitándose con ello la destrucción y la violencia. En todo caso, la sociedad debe equilibrar las tendencias particulares del individuo, regidas por el libre albedrío, y “encaminarlas voluntariamente hacia el bien providencial, dando así origen a la justicia directiva, distributiva y remunerativa” (p. 20).

Es posible enmendar esta ruta y volver a la armonía original recurriendo a la experiencia y a la ciencia, poniendo de nueva cuenta a las instituciones sociales acordes con la voluntad divina. La felicidad es asequible mediante el trabajo; el ocio, definido por Adorno como vicio, produce una degradación física, moral, intelectual y social (pp. 28, 69). El medio es la asociación, capaz de fundir “los intereses de las clases análogas”, y cuando éstas “hayan amalgamado su bienestar recíproco, se amalgamarán naturalmente los intereses generales de todas las clases de la Huma-

nidad” (p. 78). El recurso didáctico es el convencimiento que hará que la humanidad cobre conciencia de sus fines providenciales. El modelo político es la federación, que permitirá una asociación de los conglomerados sociales en condiciones igualitarias. Ciencias y artes auxiliarán al hombre en el ejercicio de sus tareas y elevarán la producción, reduciendo el trabajo, incrementando los disfrutes y fijando la justicia distributiva como criterio de reparto de los bienes terrenales: “la mecánica será al fin la sub-sirviente del hombre y su única arte manual” (p. 95).

Justamente es un mecánico el protagonista central (Federico Henkel) de la primera novela de Nicolás Pizarro (ciudad de México, 1830-1895). Hizo tres incursiones en este género literario: *El monedero*, 1861; *La coqueta*, 1861 y *La zahorí*, 1868, que dejara inconclusa. Escribió también dos ensayos sobre filosofía, ética y civismo: y *El Catecismo político constitucional* y *El Catecismo de moral*, publicados en 1861 y 1868, respectivamente; un libro de literatura infantil: *Leyendas y fábulas para los niños*, 1872; un texto de español: *Compendio de la gramática de la lengua española según se habla en México, escrito en verso con explicaciones en prosa*, 1868; y, posiblemente, un escrito titulado *Enseñanzas fundamentales del espiritismo*.⁸

El *Catecismo de moral*, publicado por la Imprenta de Jesús Fuentes, atribuye a Dios la creación de todo lo existente, y define a la mejor religión como la más moral y la que contribuye mayormente al desarrollo de la civilización. Las bases fundamentales del orden social son la independencia nacional, la justicia para todos, la distribución equitativa de los bienes, la moralidad familiar y la igualdad de derechos; además de libertades tales como las de pensar e investigar, poseer y adquirir, trabajar y disfrutar. Equidad, armonía, caridad, solidaridad y trabajo deberían ser los valores fundamentales. Condenó el ocio que hacía recaer sobre las “clases laboriosas” el peso de la producción social. La falta de trabajo y los ingresos estrechos deberían atacarse por la vía de la solidaridad social, la caridad individual y el auxilio público.⁹

Pizarro brindó un ejemplo concreto en *El monedero*. El principio organizativo de la colonia descrita allí (la Nueva Filadelfia) es la asociación del capital físico y moral. Esta asociación es contractual, voluntaria y gobernada por sus propios miem-

⁸ Illades y Sandoval, “Nicolás Pizarro”, en prensa.

⁹ Pizarro, *Catecismo*, 1868, p. 173.

bros.¹⁰ La justicia distributiva opera al momento del reparto del producto, cuando cada quien recibe una magnitud de beneficios en proporción directa a su aportación a la empresa. No obstante su fundamento igualitario, la comunidad respeta las diferencias físicas e intelectuales que tienen sus miembros entre sí y las explota en beneficio colectivo. Lo mismo ocurre con el tipo de labor que se realiza, en el que participan niños y adultos, hombres y mujeres, buscando romper con la monotonía y rescatar su aspecto lúdico. La asociación evita la discordia y el odio, sin suprimir con ello la competencia y la rivalidad, incentivos ambos para mejorar el trabajo y aumentar la riqueza; el resultado final es el equilibrio de pasiones, saberes y actividades.¹¹

Sintomáticamente, en un Estado que se abría al laicismo, la crítica a su práctica social procedió desde el flanco religioso, aunque no partió de la corriente dominante, el catolicismo, sino tuvo por matriz a otras doctrinas o a los ritos disidentes que apenas comenzaban a ganar espacio. Faltaría todavía el paso de dos generaciones para que el catolicismo elaborara su propia alternativa social.¹²

Estas tres visiones heterodoxas se distanciaron de las ofrecidas por la Iglesia católica y el liberalismo. Aceptaban como supuesto que el hombre era esencial y originariamente bueno, pero que en el transcurso de la historia se había desviado de los propósitos divinos. Las instituciones sociales eran en última instancia responsables de esta conducta, dado que alimentaban comportamientos alejados de la moral cristiana, tal y como la habían practicado los primeros mártires de esta religión. El catolicismo, en lugar de promover la austeridad material y el respeto por los demás, había incluso promovido la guerra. El liberalismo, en vez de establecer las condiciones para la equidad y la justicia, desprotegió a amplios segmentos de la población en su condición económica y canceló algunos de sus derechos antiguos. Todos los gobiernos establecidos a lo largo de la historia fracasaron en lograr la felicidad de los hombres. Una nueva religión “panteísta” o “providencial”, según el caso, podría

¹⁰ Esto recuerda la economía y gobierno de las reducciones de indios creadas por el imperio español y encabezadas por las órdenes religiosas. No ajeno a ello resulta el hecho que un cura rebelde “el padre Luis” sea quien dirija la Nueva Filadelfia. Al respecto, un ejemplo destacado es la experiencia jesuita en el Paraguay. Armani, *Ciudad*, 1982, p. 4 y ss.

¹¹ Pizarro, *El monedero*, 1861.

¹² Pueden verse al respecto las historias del protestantismo y de la iglesia mormona en México, escritas por Bastian, *Los disidentes*, 1989 y Tullis, *Mormons*, 1997, respectivamente. Sobre el pensamiento social católico consúltese Ceballos, “Los católicos”, 1998.

sentar las bases de la moral pública y privada; una articulación económico-social de carácter asociativo y una forma política federativa serían condición de posibilidad de la igualdad, de la justicia distributiva, del reconocimiento a los derechos de la mujer y del respeto entre los Estados. También frenarían la guerra.

El dogma, la coerción o la violencia no deberían ser los recursos a mano para llevar a la práctica las doctrinas desarrolladas en los catecismos de Rhodakanaty, Adorno y Pizarro: tan sólo el convencimiento, apoyado en la experiencia concreta, bastaría para que la humanidad entera recuperara sus fines providenciales como guía de conducta individual y colectiva. Cada uno de sus modelos sociales pasaba por acabar con los privilegios de la aristocracia, en particular desterrar el ocio, y promover el trabajo de toda la comunidad, distribuyendo los bienes materiales y espirituales equitativamente. Al tener todos sus miembros productos y servicios que intercambiar, podrían hacerlo directamente, se volvería innecesaria la mediación del dinero. La armonía pasional, comunitaria y universal, es decir, la concreción plena de la fraternidad, sería el resultado.

Bibliografía

Adorno, Juan Nepomuceno.
1862

Catecismo de la providencialidad del hombre, deducida de los sentimientos de religiosidad, moralidad, sociabilidad y perfectibilidad, propios de la especie humana, e indicantes del destino de ésta sobre la tierra. México: Tipografía de Juan Abadiano.

Armani, Alberto.
1982

Ciudad de Dios y Ciudad del sol. El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768). México: Fondo de Cultura Económica.

Bastian, Jean Pierre.
1989

Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.

Ceballos Ramírez, Manuel.
1998

“Los católicos mexicanos frente al liberalismo triunfante: del discurso a la acción”, en Connaughton, Illades y Pérez Toledo, coords., 399-414.

Connaughton, Brina, Carlos Illades
y Sonia Pérez Toledo (coords.)
1998

Construcción de la legitimidad política en México. Sujetos, discurso y conducta pública en el siglo XIX. México: El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma Metropolitana-El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Echeverría, Bolívar.
1998

Valor de uso y utopía. México: Siglo XXI Editores.

González Casanova, Pablo.
1987

Un utopista mexicano. México: Secretaría de Educación Pública “Lecturas mexicanas, 2ª serie, 95”.

Illades Carlos y Adriana Sandoval.
(en prensa)

“Filosofía y espiritismo en Nicolás Pizarro”, *Cuadernos Americanos*.

Klein Kreisler, Ivonne.
1984

Utopismo de Plotino C. Rhodakanaty, tesis de licenciatura en filosofía. México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Facultad de Filosofía y Letras.

Pérez Martínez, Herón.
1998

“Hacia una tópica del discurso político mexicano del siglo XIX”, en Connaughton, Illades y Pérez Toledo, coords., 351-383.

Pizarro, Nicolás.
1861

El monedero. México: Imprenta de Nicolás Pizarro.

-
- | | |
|--|--|
| 1868

Proudhon, Pierre-Joseph.
1875

Proudhon Rhodakanaty, Plotino C.
1998

Tullis, F. Lamond.
1997 | <p><i>Catecismo de moral.</i> México: Imprenta de Jesús Fuentes y Compañía.</p> <p><i>Correspondance</i>, préc. J.A. Langlois, 14 vols. París: Lacroix.</p> <p><i>Obras</i>, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte. México: Universidad Nacional Autónoma de México “Al siglo XIX ida y regreso”</p> <p><i>Mormons in Mexico. The Dynamics of Faith and Culture/Los mormones en México. La dinámica de la fe y la cultura.</i> México: Museo de Historia del Mormonismo en México A.C.</p> |
|--|--|

Periódicos

- El Hijo del Trabajo*, México, D.F.
El Socialista, México, D.F.